



La danza de los diablos

Gracias a la gentileza de la familia Mendizábal, el Duende se complace en publicar, en entregas parciales, a partir de la fecha, el texto íntegro del Libro Inédito del recordado poeta orureño Dn. Carlos Mendizábal Camacho: La danza de los diablos, en homenaje a su memoria y a su constante dedicación por describir aspectos fundamentales de la tradición del pueblo de Oruro.

(Segunda de tres partes)

Un cóndor lleva adelante
la libertad por las cuestras,
porque rompió con sus alas
las infernales compuertas.

Perinola del deseo
que se aplaca y que se eleva,
carne viva de hembra ardiente
vestida de roja hoguera,
la China Supay avanza
con su espiral de polleras,
girando como impulsada
por la más extraña fuerza,
que en medio de remolinos
la posee y la destrenza,
tomándole de los senos,
ciñéndole las caderas,
y levantando su falda
más arriba de las piernas,
estremeciendo a los hombres
que si la tocan... se quemán...

La China Supay que danza
como una braza soltera
se burla de los deseos
que enciende con su pollera.

¡Oh! danza de los infiernos,
que conmueve hasta las piedras,
¡Oh! emoción volcada al aire
con rayos y con centellas.

Sus caderas que dibujan
guitarras que bordonean,
en el vaivén de los vientos
que se burlan de las estrellas.

Detrás contando las horas
de la preciosa existencia,
viene la muerte vestida
de oso blanco, siendo negra,
fingiendo ser un payaso
de estilazadas piruetas,
para engañar a los niños
ofreciéndoles monedas
y llevarlos por su ruta
más allá de las promesas.

Si los ángeles guardianes
olvidan su gran tarea,
o si la tarde se apaga
vencida por las tinieblas...

¡Oh! danza de los infiernos
volcada sobre la tierra
tú dirías un pecado
convertido en melodía.

¡Ar, diablo, qué diablos,
al infierno la tristeza,
que está pasando la tropa
más vibrante de la tierra...!

Los siete pecados danzan
con movimientos de hoguera
pero la muerte los sigue
vestido de oro y tinieblas.

El tiempo con sus pinceles
y sus radiantes paletas,
encendió de mil colores
su esplendorosa presencia.

¡Quisiera, con voz de trueno,
cantar todas las destrezas,
que nacen de su alma doble
y se transforman en zetas...!

Es que mi voz se confunde
con la arcilla y con la seda
que en espirales de arco iris
contra mis ojos se estrellan.

¡Qué borrachera de notas,
torbellino de caretas...
que en la calle se derrama
como reguero de estrellas...!

¡Ar! Diablos: ¡qué diablos
fuerza diablos!,
que están sueltos los pecados
como tocando las puertas.

Con todo su ritmo suelto
ya ha llegado a la palestra
donde el ángel de los cielos
apacará la tormenta.
Y el ángel pide rendición de cuentas
y ellos se humillan vencidos
bajando la cornamenta
amenazante de sus cabezas.

Es la luz del altiplano
aflorando limpia y fresca,
con carcajada de llanto
y con llanto que es de fiesta.

Que en homenaje a la Ñusta
más hermosa y más morena
y que en edades ya lejanas
diera fin a cuatro fieras.

Protegiendo así a su pueblo
se levantó para mostrarse
con rancia estirpe morena.

Tan pronto está por los cielos
como aquí sobre la tierra,
mezclando sobre su pecho
resplandores y tinieblas.

La causa que le da forma
hay que buscarla en las venas
de los hombres, que poseen
del bien y del mal en su esencia.

En su música sonora
hay aletazos de hoguera,
que al caer sobre las almas
no importa si las revientan.

¡Oh! danza de los infiernos
volcada sobre la tierra
tú dirías un pecado
convertido en melodía.

¡Ar diablo, diablito,
con saltos de siete vueltas,
tú has copiado de los siglos
los rasgos de tu presencia...!

Qué esplendorosos diablos
bajo un cielo sin tormenta
se diría que el infierno
está en lo mejor de sus fiestas.

¡Ar! Diablo qué diablos,
Lucifer a la cabeza
cruza las calles amedrentando
por su propia inconciencia.

Con su capote de grana
bordado de luces y estrellas,
Satanás que atruena y salta
y bufando capitanea.

Tu torso de lagarto
que bajo el sol juguetea,
ha copiado el movimiento
del eje de nuestra tierra.

Sus ojos de revoltijo
son la imagen de las fieras,
con infiernos y volcanes
y abismos que no se cierran.

Cuando pisa se levanta
una explosión de tinieblas,
para dar paso a las chispas
que producen sus espuelas.

Tus orejas de vampiro
que se encuentran siempre alertas,
parecen, cuando se agitan,
llamaradas sempiternas.

Cinco piezas que ni a falda
ni a taparrabo se acercan

(CONTINUARÁ)